

«He aquí pues cómo empieza á tomar cuerpo en la poesía heroico popular la protesta producida por los hechos arriba expuestos, en los cuales habían figurado como instrumentos los monjes franceses. El sentimiento nacional buscaba en las esferas ideales algún desquite á la ofensa recibida, cual lo había buscado contra Carlo-Magno, dada la misma pretensión que ahora se imaginaba, para contradecirla acaso con mayor empeño y energía. Mas no se crea que la demanda del Imperio, tal como en la *Leyenda* se formula, carece de cierto fundamento histórico; tres cartas de Gregorio VII, todas notabilísimas, han llegado á nuestros días, donde terminantemente declaraba aquel Sumo Pontífice que era España propiedad de la Santa Sede, conminando en las dos últimas á todos los príncipes y reyes cristianos para que así lo reconocieran, é hiciesen sus conquistas en nombre de San Pedro. Por grande que pudieran ser entonces la veneración y el respeto tributados á los Papas, dada la terrible lucha de cuatro siglos sostenida contra el enemigo de Dios, y con ella los inmensos sacrificios hechos en aras de la religión y de la independencia, no podía menos de ofender semejante demanda, así el pundonor como el interés nacional, haciendo estériles para los españoles cuantos heroicos esfuerzos habían realizado hasta aquella edad, para rescatar el suelo de la patria del yugo extranjero. Los cantos populares, hijos de aquel sentimiento, vinieron por tanto á revelar este universal disgusto; y siendo Rodrigo el héroe más acepto á grandes y pequeños, natural fué, según arriba indicamos, que se asociaran á su nombre, símbolo ya de hidalguía y bravura, todos los pensamientos más osados y todos los rasgos más heroicos que contribuyeron á dar razón de la repugnancia con que eran vistas aquellas extrañas y expoliadoras pretensiones.

»Las palabras del nieto de Lain Calvo... mueven al rey á rechazar enérgicamente la injusta demanda del Pontífice, del emperador y del rey de Francia, congregando poderoso ejército, á cuya cabeza iban todos los condes y ricos-homes de España,

siendo Rodrigo *de todos el mejor*, y rompiendo rápidamente por los Pirineos, para dar testimonio del enojo despertado en su pecho.» Reconocido á los consejos del de Vivar, don Fernando le encomienda su seña, rogándole sea su alférez, á lo cual con notable modestia responde Rodrigo que «no es caballero armado;» y armándole allí mismo el monarca (1), prosiguen su camino hasta acampar á vista ya del enemigo, donde «exhorta este soberano á todos sus magnates, representándoles la afrenta que caerá, de ser vencidos, sobre ellos y sus descendientes, sin que obtenga respuesta. Pídele el guerrero castellano la honra de los primeros golpes, y otorgada tal merced, «embarazado... con la seña real, y no viendo entre los trescientos caballeros que le siguen, á quien pudiera confiarla sin propio sonrojo, pónela en manos de su sobrino Pero Mudo ó Bermudo; el conde de Saboya se aproxima entretanto á los trescientos caballeros de Rodrigo, enviándole varios de su ejército para saber quién era y con qué propósito había entrado en Francia, siendo verdaderamente peregrina la respuesta dada por el caudillo castellano al poderoso conde de Saboya, que se lisonjeaba ya de que vendría á reconocer su vasallaje (2). Furioso, al escuchar la respuesta de Rodrigo, jura colgarle de los cabellos en las almenas de su cas-

(1) En el romance anónimo, n.º 749 de la cit. *Colec.*, se reproduce la tradición de la conquista de Coímbra, después de la cual fué armado el Cid caballero; dicho romance empieza:

Cercada tiene á Coímbra
aqueste buen rey Fernando, etc.

(2) —«Tornatvos, dixo, Latinos | al conde con mi mandado:
Dessilde que non só rico | nin poderoso fidalgo;
Mas só un escudero, | non cavallero armado,
880 Ffio de un mercadero, | nieto de un çibdadano:
Mi padre moró en Rua, | ó siempre vendió su panno.
Ffincarom' dos piessas | el dia que fué ffinado;
E commo él vendió lo suyo, | venderé (yo) lo mio de grado,
Ca quien ge lo comprava | mucho! costaba caro.
885 Pero ó dessilde al Conde, | que dó mi cuerpo á tanto
Que de muerto ó de presso, | non me saldrá de la mano.»—

tillo, trabándose á pocos momentos encarnizado combate, en que sólo quedaban ya al hijo de Diego Laínez cuarenta y cuatro caballeros, cuando logra derribar de su caballo al conde, declarándose éste vencido (1).

El de Saboya «obtiene su rescate, entregando al vencedor en rehenes una hija, de quien esquiva el abusar don Fernando á cuya presencia es llevada, replicando Rodrigo en esta forma, que tantas censuras ha merecido á los críticos extranjeros:

. | Sennor, faseldo privado:
Enbarraganat á Francia, | sy á Dios ayades pagado.
950 Suya será la desonra; | yrlos emos denostando (2).

»Después de la derrota del conde saboyano, no encuentran ya las huestes castellanas resistencia alguna, llegando hasta la

(1) Rodrigo exclama, al verlo en tierra, de este modo:

Desta guisa vende panno | aqeste çibdadano:
905 Assy lo vendió mi padre | ffasta que fué finado;
Quien ge lo conprava, | assy le costava caro.

(2) «No puede en verdad llevarse más lejos la aversión con que los castellanos llegaron á ver cuanto tenía relación con la dominación temporal de España, con los monjes de Cluny y con los magnates francos que el rey don Alfonso había traído á Castilla, representantes del malhadado feudalismo y predominio extranjero.»— Véase la nota relativa á este punto en el t. III de la *Hist. crítica de la Literatura española*, pág. 103. El romance anónimo n.º 755 de la *Colecc. Durán*, que empieza:

La silla del buen Sant Pedro
Víctor Papa la tenía,

reproduce estos mismos sentimientos, añadiendo que Rodrigo soltó al Conde de la prisión

. con las rehenes
de una hija que tenía;
en ella hubo el buen Rey
un fijo que se decía
don Fernando, cardenal
de ese reino de Castilla.

En la *Leyenda* no se hace mención de su nombre, ni de que fuese cardenal, aunque sí se dice que fueron sus padrinos el rey de Francia, el emperador de Alemania, un patriarca y un cardenal, y que el Papa le echó el agua del bautismo (vers. 1104 á 1106.—Ed. de Damas-Hinard).

misma ciudad de París, donde desafía el nieto de Laín Calvo á los alemanes, romanos y franceses y muy en especial á los descendientes de los célebres Doce Pares, y aun al mismo rey de Francia, sin que responda á esta demanda ningún combatiente, pretextando el rey que ninguno de los Doce Pares podía lidiar sino con don Fernando. Temeroso el Pontífice del peligro que tenía delante, llegado ya el fuerte del ejército, aconseja al rey y al emperador que soliciten de don Fernando una entrevista, en donde puedan arreglarse las diferencias, que se habían confiado á la suerte de las armas. Don Fernando concurre á las vistas acompañado únicamente de Rodrigo, quien se acomoda á los pies de su rey en presencia de aquellos soberanos. Pero no bien había manifestado el Pontífice el gran temor de que estaba poseído, humillándose ante Rodrigo hasta el punto de ofrecerle la corona imperial de España, cuando le interrumpió éste diciendo:

1067 Dévos Dios malas graçias | ¡ay Papa Romanol...
Que por lo gannar venimos, | que non por lo ganado.

»El rey don Fernando se manifiesta, no obstante, más inclinado á la paz, y merced á un hijo habido en la infanta de Saboya y á los ruegos del Papa, concede con usuras las treguas que se le pedían; punto en que da fin la *Leyenda*, no completo siquiera el episodio de la famosa expedición nacional, cuya significación moral y política no puede ser de más bulto (1). » Res-

(1) En el romancero (romance 756) se supone la acción en Roma, y como al entrar Rodrigo en la iglesia de San Pedro viese siete sillas «de siete reyes cristianos,» y que la del de Francia estaba «junto á la del Padre Santo,» mientras la del rey su señor estaba «un estado más abajo,» derribó la del rey de Francia y colocó la del de Castilla en lo más alto. El Papa descomulgó al Cid; pero éste

ante el Papa se ha postrado.
—Absolvedme, dijo, Papa,
sinó, seráos mal contado.—

Es el romance que da principio diciendo:

A Concilio dentro en Roma
el Padre Santo ha llamado, etc.

tituído á Castilla Rodrigo, mientras se ocupa siempre en expediciones que no precisa la tradición reproducida en el romancero, Jimena escribe al rey, quejándose de que su esposo está siempre también apartado de ella y pidiéndole le dé siquiera libertad para que la asista en su próximo parto (1), á lo cual contesta el rey no le pida tal cosa, por ser prueba contraria el estado en que se halla, prometiéndole en cambio diversas mercedes para lo que naciese (2), y acompañándola después en la misa de parida (3). Sintiendo en tanto aproximarse la hora de su muerte, don Fernando distribuye entre sus hijos sus dominios; mas olvidadas las hembras en el reparto, é increpándole Urraca sobre tal y tan inmotivada preterición (4), el rey da al postre el señorío de Zamora á Urraca (5) con no pequeño enojo de don Sancho (6),

- (1) Romance n.º 757, que empieza:

En los solares de Burgos
á su Rodrigo aguardando,
tan en cinta está Jimena,
que muy cedo aguarda el parto, etc.

- (2) Romance n.º 758:

Pidiendo á las diez del día
papel á su secretario,
á la carta de Jimena
responde el Rey por su mano.

Uno y otro romance, cual lo reconoce el Sr. Durán, son los más bellos y quizás los mejores de los del Cid, sintiendo no nos sea dado reproducirlos en este sitio.

- (3) Romance n.º 759:

Salió á misa de parida
á San Isidro en León, etc.

- (4) Romance n.º 760:

Acababa el rey Fernando
de distribuir sus tierras, etc.

- (5) Romance n.º 761:

Atento escucha las quejas
de su hija doña Urraca, etc.

- (6) Romance n.º 763:

Morir vos queredes, padre,
Sant Miguel vos aya el alma, etc.

y habla á un bastardo suyo, con el deseo y la esperanza de que llegue á alcanzar la gloria del Pontificado (1).

Término recibe con esto la primera época de la vida del héroe, quien al servicio del nuevo rey de Castilla, síguele en todas sus empresas; muerta la reina doña Sancha, la tradición supone que habiendo venido á las manos don Sancho con don García de Galicia, su hermano menor, es hecho aquél prisionero y libertado por Alvar Fáñez, venciendo luego Rodrigo á los gallegos y apoderándose de don García, á quien da por prisión el castillo de Luna (2); en lucha con Alfonso de León, es vencido don Sancho en Volpillera; mas merced al consejo y al esfuerzo del hijo de Diego Laínez consigue el triunfo, cayendo en su poder el rey de León (3), á quien concede la vida por ruegos de doña Urraca (4). Huído á Toledo Alfonso (5), y deseando Sancho *el Fuerte* reconstituir la unidad política quebrantada por el testamento de su padre, envía á Rodrigo para que se aviste con doña Urraca en Zamora, y le exija que le haga entrega de la ciudad

- (1) Romance n.º 762:

Doliente se siente el rey,
este buen rey don Fernando, etc.

Es de suponer que el hijo bastardo á quien se alude, y que era Arzobispo de Toledo, mestre de Santiago y abad de Zaragoza, sea el habido en la hija del Conde de Saboya, á quien llaman los romanceros don Fernando y Cardenal de Castilla.

- (2) Romance n.º 764, que empieza:

El rey don Sancho reinaba
en Castilla su reinado, etc.

- (3) Romance n.º 765:

Don Sancho reina en Castilla,
Alfonso, en León, su hermano, etc.

- (4) Romance n.º 766:

—Rey don Sancho, rey don Sancho,
cuando en Castilla reinó, etc.

- (5) Romance n.º 767:

En Toledo estaba Alfonso,
hijo del rey don Fernando, etc.

bien por dinero ó bien á cambio de otras villas y ciudades (1), quejándose doña Urraca sentidamente al Campeador y negándose á satisfacer los deseos de su ambicioso hermano (2). Resueltos á defenderse los zamoranos, mandan á Rodrigo con tal determinación á don Sancho, y juzgando éste que es resultado de los consejos del de Vivar, destiérrale airado (3), alzándole no obstante poco después el destierro (4) y estableciendo el cerco de Zamora (5), que flaqueaba del lado por donde acometía Rodrigo (6), ocasión en la cual doña Urraca, asomándose á una «torre mocha,» recuerda con gran sentimiento al héroe que pensó en casarse con él y que le calzó la espuela cuando fué armado caballero, obligando así al Cid á retirarse avergonzado con los suyos (7). El ardor de los zamoranos, llévalos hasta el extremo de que abandonando dos caballeros la ciudad, marchen llenos de soberbia al campo de don Sancho; y retando allí á

(1) Romance n.º 768:

Llegado es el rey don Sancho
sobre Zamora, esa villa, etc.

(2) Romance n.º 769:

Después del lamento triste
de la muerte de Fernando, etc.

(3) Romance n.º 770:

Entrado ha el Cid en Zamora,
en Zamora, aquesa villa, etc.

(4) Romance n.º 771:

El Cid fué para su tierra,
con sus vasallos partía, etc.

(5) Romance n.º 772:

Muerto ya el rey don Fernando,
que diz que murió aplazado, etc.

(6) Romance n.º 773:

Apenas era el Rey muerto
Zamora ya está cercada, etc.

(7) Romance n.º 774:

—Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano, etc.

sus gentes, dan muerte en personal combate á dos condes que aceptaron la demanda (1), mientras saliendo con el alevoso intento de asesinar traidoramente al rey de Castilla Vellido Dolfos, el noble y anciano Arias Gonzalo avisa de ello al monarca, desde el adarve, para que no se fie de Vellido (2), quien logra su propósito al cabo, y entra en la ciudad perseguido hasta allí por Rodrigo, que no consigue alcanzarle, pues en la precipitación cabalga sin espuelas (3).

Profundamente dolido de aquel crimen, pide el Campeador al moribundo monarca que le recomiende á sus hermanos, para evitar que le guarden rencor por los servicios que contra ellos le hizo, lo cual otorga don Sancho, quien entrega á Dios su alma al concluir de hablar (4), lamentando el Cid tan triste suceso y quejándose de que el juramento hecho á doña Urraca le

(1) Romances núms. 775 y 776 que empiezan de igual modo, diciendo:

Riberas del Duero arriba
cabalgan dos zamoranos, etc.

(2) Romance n.º 777:

—Rey don Sancho, rey don Sancho,
no digas que no te aviso, etc.

y romance n.º 778:

—Guarte, guarte, rey don Sancho,
no digas que no te aviso, etc.

(3) Romances núms. 779, 780 y 781.

De Zamora sale D'Olfos
corriendo y apresurado, etc.
780.—Estando del rey don Sancho
la gran Zamora cercada, etc.
781.—Mirando se sale Febo
en el cuento de un venablo, etc.

Estos dos últimos, son de Lucas Rodríguez y Gabriel Lobo respectivamente; todos los demás son anónimos.

(4) Romance n.º 782, de Lorenzo de Sepúlveda:

En el real de Zamora
el rey don Sancho yacía, etc.

impida tomar la venganza que codicia de los zamoranos (1). El Conde Diego Ordóñez, viendo la imposibilidad de que el caudillo demande á Zamora, ofrécese á retarlos (2) y parte á la ciudad con tal propósito, acusando de alevosos y de traidores á los habitantes de ella (3), calificativos que rechaza y desmiente Arias Gonzalo (4) aceptando el reto (5) y presentándose con sus cuatro hijos por campeones de Zamora (6), no sin haber armado antes caballero al menor (7) y sin que los anime y esfuer-

- (1) Romance n.º 783 (anónimo):

Con el cuerpo que agoniza,
despidiéndose del alma, etc.

- (2) Romance n.º 784, de Lucas Rodríguez:

Muerto yace el rey don Sancho,
Bellido muerto le había, etc.

- (3) Romances núms. 785, 786 y 787, anónimo el primero, y de Lucas Rodríguez los dos restantes:

Después que Bellido D' Olfos,
aquel traidor afamado, etc.
Con el rostro entristecido,
y el semblante demudado, etc.
Ya Diego Ordóñez se parte,
ya del real se ha salido, etc.

- (4) Romances núms. 788 y 789, ambos anónimos:

Arias Gonzalo responde
diciendo que han mal hablado, etc.
Después que Bellido D' Olfos,
ese traidor afamado, etc.

- (5) Romances anónimos, núms. 790 y 791:

Ya se sale Diego Ordóñez,
del real se había salido, etc.
Ya cabalga Diego Ordóñez,
del real se había salido, etc.

- (6) Romance n.º 792:

Después que retó á Zamora
don Diego Ordóñez de Lara, etc.

- (7) Romance n.º 793:

El hijo de Arias Gonzalo,
el mancebito Pedro Arias, etc.

ce el valeroso anciano (1). La muerte de los hijos de Arias Gonzalo, por el último de quienes queda el campo no obstante (2); la declaración del Cid dando por buenos á los campeones y libertando á Zamora de la acusación de alevosía con la sentencia de los jueces (3) y el desafío de Arias Gonzalo á Diego Ordóñez (4), sucesos son con que da cabo la segunda época. Inaugúrase la tercera con el juramento que el Cid exige á Alfonso en Santa Gadea, increpándole entonces el monarca por la insistencia con que reitera las fórmulas legales, y desterrándole por fin lleno de enojo (5), asunto largamente tratado en los romanceros, donde se supone que pasando por Toro Alfonso VI se enamoraba de su hermana Elvira sin conocerla, y mandaba darle muerte al saber quién ella era, sentencia á que se oponía Rodrigo bravamente (6).

Enviado á Sevilla para recibir los parias de Almuçanis (Al-Môtamid) y conformándose en este punto la tradición con la historia, el de Vivar tiene noticia de que Mudafar (Abd-ul-Láhb-boloquin) de Granada venía contra Almuçanis «que pechero es de Castilla,» y que acompañaban en su servicio al granadino «caballeros castellanos,» entre quienes se hallaban García Ordoño, Fernán Sanchez, «yerno del rey don García,» Lope Sánchez y Diego Pérez. Mándales Rodrigo entonces sus cartas diciéndoles «que non vengán con sus gentes» contra el vasallo de Castilla;

- (1) Romance n.º 794:

Aún no es bien amanecido,
que el cielo estaba estrellado, etc.

- (2) Romances núms. 795, 796, 797 y 798.

- (3) Id. núms. 799 y 800.

- (4) Id. id. 801, 802 á 806.

- (5) Id. id. 807 á 815.

- (6) Id. id. 816:

En las almenas de Toro,
allí estaba una doncella, etc.

Lope de Vega hizo sobre este mismo asunto una comedia, cuyo título es: *Las almenas de Toro*.

mas desoído por el rey de Granada, lucha con él en auxilio de Almucañis y venciendo y aprisionando á muchos caballeros cristianos, tórnase á Sevilla de donde con los parias del sevillano regresa á la corte de Alfonso, ganando el título de *Campeador*, con que fué en adelante conocido (1), y consiguiendo inusitado favor al lado del príncipe. La arrogancia, sin embargo, en él ingénita, sublevábase en el claustro de Cardeña, donde departía con el monarca, y donde éste le proponía la conquista de Cuenca, cuando, aconsejando á don Alfonso que antes de pensar en guerras cuidase de sosegar sus estados, pues no estaba muy seguro

de la calumnia propuesta
en la muerte de don Sancho
sobre Zamora la vieja,

y aun había muchos traidores capaces de hacer con él lo que Bellido había hecho con su hermano,—interveníá á destiempo el abad Bermudo, que lo era del Monasterio, y en lugar del rey contestaba á Rodrigo que si estaba cansado de las lides ó le aguijaba el deseo de Jimena, que marchase á Vivar y dejase al rey la empresa, pues

..... homes tiene tan fidalgos
que no volverán sin ella.

Destemplado por tan ofensivos supuestos, contestaba el Cid al abad llevase la capa al coro mientras él «el pendón á las fronteras», agriándose en tal forma la controversia que, cansado al fin, la cortaba Alfonso mandando callar en mal hora al guerrero y recordándole «la jura y la ballesta» (2). Poco tiempo después, y ganoso de demostrar su interés por el monarca, acométiá al gobernador muslime de Alcalá, apazgado de Castilla,

(1) Romance n.º 817.

(2) Id., n.º 818.

cuyas quejas producían las de don Alfonso, quien acusándole de no mirar sino por su medro personal, traía de nuevo á la memoria la jura, le increpaba también por no haber cumplido como bueno, dando muerte á Bellido:

¡Bien cerca estaba quien dijo
que non osasteis de miedo!

y concluía por desterrarle sin permitirle dar descargo alguno:

¡Non repliques palabra!
que vos juro por san Pedro
y por san Millán bendito
que vos enforcaré luego! (1).

No era sin embargo el Cid hombre á quien amedrentase la muerte; y atento sólo á su honra ultrajada por el príncipe, levantábase á contestar firme y respetuoso, sin insolencia ni descortesía, aunque con su genial rudeza, rechazando uno por uno los cargos que sin razón le hacía don Alfonso y sincerándose de ellos (2); y en tanto que se apercibía á cumplir la orden de destierro, quejábame amargamente de la ingratitud del monarca (3), atribuyendo la desgracia en que para él había caído á las insidias de los «envidiosos», y proponiéndose á pesar de todo servir y engrandecer á su rey, á quien hace presentes al despedirse su obediencia y sus hidalgos designios (4). Tratando de excusar con sus infanzones el destierro impuesto al Cid, ponderaba Alfonso sobre modo sus méritos, sus hazañas y sus virtudes, así como también su destemplanza y su soberbia, que eran la causa de aquella orden, porque

..... si no es homildoso,
de Dios y del rey ¿qué espera?

(1) Romance n.º 819.

(2) Id., n.º 820:—*Téngovos de replicar.*

(3) Id., núms. 821 á 823.

(4) Id., n.º 824.